

Economía cultural: elementos para un análisis cultural de *lo económico* y para una crítica de la Economía (ortodoxa)

José Antonio Batista Medina
Laboratorio de Antropología Social e
Instituto de Ciencias Políticas y Sociales
Universidad de La Laguna
jbatisme@ull.es

Introducción

En este trabajo vamos a presentar la corriente que en Antropología Económica se llama economía cultural centrándonos para ello en dos puntos fundamentales¹. Por un lado, se expondrán sus elementos básicos, prestando especial atención a cómo se concibe *lo económico* y su estudio. Por otro lado, abordaremos someramente su lado crítico. Debe tenerse en cuenta que la economía cultural no sólo es una forma de análisis antropológico de la economía, sino también una forma de crítica, dirigida fundamentalmente al tratamiento convencional de *lo económico* y a la propia Economía, que, como se verá, más que una disciplina científica que se ocupa de un ámbito concreto de la realidad es, al menos en nuestra sociedad y época, una cosmovisión. Esto hace que sea esencial para entender esta sociedad y de ahí su interés antropológico. En este punto, como en el anterior, los culturalistas económicos continúan en parte la labor de los sustantivistas —los equivalentes en Antropología Económica a los viejos institucionalistas en Economía—, que también fueron muy críticos con la concepción neoclásica de *lo económico* y con su forma de análisis. Sin embargo, van más allá del sustantivismo al mostrar mayor sensibilidad al *lado cultural* de la economía, es decir, al enfatizar que la economía es y debe entenderse, con todo lo que ello implica, como cultura. Aquí radica la clave de este acercamiento a *lo económico* y de las críticas que se dirigen a la “gran teoría”, que, dicho resumidamente, viene a considerarse *otra* forma de entender o acercarse a ese dominio. Frente a ella no sólo se defiende la pluralidad teórica, sino también la necesidad de hacer visibles o rescatar las concepciones de la economía que han sido ignoradas y despreciadas

—como vulgares, no científicas...— por los economistas y otros investigadores de esa materia.

Lo económico: algunas ideas iniciales

Desde la economía cultural se rechaza directa o indirectamente la concepción neoclásica de *lo económico* —recuérdese la famosa definición de L. Robbins (1994 [1935])—, aproximándose o asumiendo, al menos en muchos casos, la sustantivista o realista. En esta línea, la economía hace referencia, en general, al conjunto de actividades mediante el cual se satisfacen las necesidades humanas —hay quien añade también los deseos— incluyéndose en ella la producción, la distribución-intercambio y el consumo de bienes y servicios. En tal caso, *lo económico* aparece ligado a la idea de aprovisionamiento —o sustento— o a la de medios de ganarse la vida (ver Gudeman, 1986a; Heilbroner, 1990: 106; Nelson, 1998: 90). No se hace alusión a escasez, procesos de elección, uso alternativo de medios, racionalidad, maximización... Esos conceptos y principios son considerados elementos de la concepción neoclásica de la “economía”, partes de su construcción teórica, no ingredientes de la definición de *lo económico* o, mejor aún, descriptores de esa dimensión de la vida social que llamamos “economía”. En cualquier caso, podrían verse como herramientas que pueden ser usadas en el análisis económico (véase Nelson, 1998: 90).

Tampoco se acepta la idea de la economía como un sistema separado, como un dominio perfectamente limitado, son sus propios mecanismos y con su lógica particular², que también es una construcción o una concepción —extendida, eso sí— de aquella³. *Lo económico* se considera inmerso en lo social —entendido en un sentido amplio— y así ha de analizarse. Es más, la economía, como veremos después, se entiende como cultura en sentido antropológico. Pero esto no hace que desaparezca la noción de sistema al referirse

¹ Queremos dejar claro que nosotros no nos consideramos culturalistas, aunque reconocemos, como se verá especialmente en las conclusiones, elementos positivos en este acercamiento. Así se entiende que la exposición tenga con frecuencia un claro carácter impersonal.

² Robben se encuentra entre los críticos de esta concepción: “[quiero] desafiar el mito persistente de que la economía es un dominio limitado de la sociedad y la cultura que por consiguiente puede ser representada verazmente en modelos, estructuras, leyes y principios” (Robben, 1989: 2 [cit. en Wilk, 1996: 130]).

³ Escobar (1995: 61) va más allá cuando mantiene que el análisis de la economía como cultura debe comenzar por cuestionar la organización de la sociedad en dominios aparentemente naturales —la propia economía, el parentesco...—, a lo que han contribuido, de forma no poco decisiva, muchos antropólogos.

a la economía, aunque no se entienda, por supuesto, como en la teoría neoclásica. Orlove (1986: 89), en su análisis de los distintos acercamientos antropológicos a *lo económico*, mantiene que los culturalistas examinan las “economías como sistemas que están interrelacionados con sistemas sociales”. En muchos casos, sigue diciendo Orlove, las sociedades se ven como compuestas de dos o más sistemas económicos, cada uno de ellos con su correspondiente organización social y sus propios criterios de valor. Podría decirse que tales sistemas vienen a formar algo así como *órdenes culturales* diferentes en una misma sociedad. Pero tal concepción de las economías, aunque atractiva por enfatizar su lado cultural, se enfrenta, de entrada, a un problema de demarcación: ¿qué criterios debemos emplear para establecer los límites de los sistemas dentro de una misma sociedad? La respuesta no es, desde luego, sencilla, máxime cuando se defienden concepciones en las que se enfatizan, especialmente refiriéndose a las economías actuales, la mezcla y la combinación de elementos⁴, lo que no encaja, así nos parece, en esa visión de las “economías como sistemas” que atribuye Orlove a los culturalistas. Además, como pasaremos a ver ahora, uno de los objetos de análisis de la economía cultural es la vida social de las cosas, que no se desarrolla sólo en un “sistema económico” de una sociedad sino que, como es corriente, en su transcurso puede atravesar varios sistemas —si los hay— y rebasar los límites de una sociedad concreta.

De los componentes de una economía a los que se hizo referencia antes, en el análisis culturalista parece destacar el tratamiento del intercambio (ver también Marcus, 1990: 335; Fernández de Rota, 2000: 35-36) y del consumo, prestándose especial atención a las cosas, a las ideas, a los bienes, etc. que se intercambian y consumen. De ahí la importancia que tiene en las economías en las que funciona el mercado el estudio del proceso de mercantilización (Marcus, 1990: 339), es decir, el análisis de cómo los bienes, los servicios, las ideas... se convierten en mercancías, cambiando su significado y su valor.

Las cosas producidas, intercambiadas y consumidas, que tienen un especial protagonismo en el análisis económico culturalista, son enfocadas desde su lado social y cultural. Ello significa que aquéllas no son tratadas como meros objetos a los que recurrimos para satisfacer una necesidad —p. ej., una prenda de vestir para protegernos del

⁴ Bird-David (1997) rechaza la visión de la economía como algo que puede dividirse en tipos perfectamente definidos, homogéneos y fijos que constituyen sistemas totales.

frío o un coche para desplazarnos al trabajo—, sino como cosas que tienen significados y valores cambiantes y que sirven para expresarnos y comunicarnos con los demás en un contexto social, lo que constituye otra de las áreas de interés de la economía cultural (Fernández de Rota, 2000: 35-36)⁵. Además, las cosas, como los seres vivos, pasan por diferentes etapas, cambiando de valor, de significado, de utilidad. La producción, el intercambio y el consumo reflejan esas etapas, las fases, en otras palabras, de la *vida* de las cosas, tan importante para la economía cultural⁶. Como dice Fernández de Rota:

“Es necesario atender a la vida de las cosas en su vertiente social, comprendiendo cómo se produce, cómo se mueve en los procesos de distribución, cómo es recibida por el consumidor” (Fernández de Rota, 2000: 38).

No debe pasarse por alto que la vida —social— de las cosas, como la nuestra, implica movimiento: los objetos se producen en un lugar, se llevan a otro para venderlos o cambiarlos y, finalmente, pueden ser consumidos en otro diferente. Tales movimientos pueden producirse en espacios bastante considerables —piénsese, por ejemplo, en las relaciones comerciales internacionales—. Esto significa que el objeto de estudio de esta Etnografía Económica de corte culturalista se *deslocaliza*. Luego, esta perspectiva de la economía cultural —la centrada en cosas— va más allá de los estudios localizados en comunidades, pequeños grupos..., aislados o analizados como sistemas independientes o casi independientes. Podría decirse que la economía capitalista y su expansión a zonas que no estaban bajo su dominio crean el contexto adecuado para este tipo de análisis. La Etnografía centrada en las cosas —inclúyanse ideas, conocimientos y personas— y en sus sendas o trayectorias debería ser, como dice Marcus (1990: 343), “móvil”. Ello implica que, en cierto sentido, la economía cultural deja atrás el análisis de *lo económico* basado en la idea de sistemas, tan arraigada no sólo en la Economía sino también en la Antropología Económica.

⁵ Como dice este autor: “[...] se trata de estudiar cómo los humanos usan el mundo material no sólo para mantenerse, sino también ‘para expresarse en grupos sociales’” (Fernández de Rota, 2000: 40).

⁶ Es esencial la obra editada por Appadurai (ed., 1988), donde se halla un trabajo, escrito por él, que es considerado fundamental en esta perspectiva (Appadurai, 1988). Véase también Kopytoff (1988).

Los actores “económicos”

Hasta ahora hemos hablado mucho de cosas y muy poco de personas. ¿Significa esto que en la concepción culturalista de *lo económico* carece de interés el individuo, el actor social y económico? ¿Significa esto que no interesa la acción, la práctica? Aunque en algunos casos, efectivamente, destaquen más las cosas que la gente e incluso se abogue por centrar menos la atención en ésta y más en aquéllas, lo cierto es que, en general, en la economía cultural son importantes los individuos, los agentes, y sus actividades⁷ por al menos dos razones. En primer lugar, son éstos los que, en gran medida, construyen y dan forma a las economías en las que se desenvuelven, quienes dotan de significado a lo que les rodea, los que, mediante sus prácticas sociales —entendidas en un sentido amplio—, dan vida a las cosas (véase también Fernández de Rota, 2000: 40)⁸. Se enfatiza así la dimensión simbólica —en general cultural— de los seres humanos. En segundo lugar, en la economía cultural es fundamental el estudio de las percepciones y “construcciones culturales” de los propios actores económicos, sus representaciones, no sólo interesándose por éstas, sino también, como dice Marcus (1990: 346), por las prácticas a través de las cuales son producidas y apropiadas por diferentes grupos. Fernández de Rota resume perfectamente lo que hemos dicho:

“[...] la economía cultural pretende revelar el protagonismo que al hombre le corresponde como actor en el mundo económico. La preocupación por la acción, por la *practice*, el dinamismo creativo del hombre a lo largo de la historia, constituyen un referente primordial. Por tanto no sólo le interesarán los medios, las relaciones y el trabajo, sino también la experiencia y las ideas que sobre todo ello tienen los seres humanos” (Fernández de Rota, 2000: 33)⁹.

Ese hombre no es, por supuesto, el *hombre económico* de la teoría económica, pero tampoco otros, como el *hombre sociológico* o el *hombre tradicional*, que actúan mecánicamente siguiendo normas, costumbres y creencias fuertemente arraigadas. Los

⁷ Según Bird-David (1997), a diferencia de otros enfoques en los que se desatiende al individuo, “la economía cultural pretende abarcar y explicar el agente cultural”.

⁸ Según este autor: “Es la vida humana, social y simbólica, la que hace ‘vivir’ a las cosas” (Fernández de Rota, 2000: 40).

⁹ Gudeman (1986b: 101) habla en términos similares cuando dice que el énfasis en los modelos culturales locales es un intento de restablecer parte de la hegemonía de los sujetos antropológicos, en vez de imponerles las categorías de conocimiento occidentales.

seres humanos son seres complejos y multidimensionales, “seres totales”, como dice Mauss (1971: 260), que no pueden ser mutilados y reducidos a dimensiones concretas¹⁰. Ello significa que decantarse por uno de esos “modelos” y considerar que es el que resume o refleja la naturaleza humana es una posición condenada al fracaso. Enfatizamos, al contrario, la mezcla, la interacción y la combinación de motivaciones de la conducta humana en los sistemas económicos (véase también Wilk, 1996: 40). En nuestro comportamiento cotidiano aparecen en grados variables elementos característicos del *hombre económico* —propio interés, cálculo racional...—, del *hombre sociológico-político* —intereses grupales, papeles asignados...— y del *hombre moral*¹¹ —preceptos morales, valores...—. Según las circunstancias, destacan unos u otros, aunque rara vez nos situamos, como acertadamente señala Wilk (1996: 40), en los extremos representados por cada uno de esos modelos, apareciendo, al contrario, en una especie de zona no definida y compleja en la que los individuos tratan de equilibrar los intereses individuales, los grupales y lo indicado por los preceptos morales de nuestra cultura. Luego, en el comportamiento socioeconómico hay, efectivamente, cálculo y elección —nunca se ha negado, ni se puede negar—, pero también —y esto es lo que a veces se olvida o pasa por alto en la Economía— reflexión, aparte, por supuesto, de hábitos, conductas regladas, conductas “dirigidas” ... La vida diaria se ve como una forma de improvisación en la que los implicados recurren a sus conocimientos y usan estratégicamente las reglas para conseguir fines (véase Wilk, 1996: 142). Como nos dice Wilk, esos actores, como cualquiera en un contexto social, conocen las reglas de una conducta apropiada y entienden lo que debería hacerse en una situación determinada, pero también rompen y manipulan esas reglas, desarrollan estrategias para cambiarlas o para actuar como si las siguiesen cuando en realidad no es así. Nos hallamos, por lo tanto, ante individuos que, en un contexto determinado, persiguen racionalmente objetivos —individuales y de otro tipo—, pero también ante individuos que están sometidos a normas sociales y morales, a las condiciones que impone su posición en la sociedad, a la presión que ejercen los valores de su cultura y a la influencia de las ideas culturales acerca de la realidad y de su funcionamiento. Esos actores, dada la diversidad de factores que intervienen, no actúan como si siguieran de forma escrupulosa un guión previamente escrito para ellos por su

¹⁰ “Todos deberían estudiar y observar el comportamiento de seres totales y no divididos en facultades” (Mauss, 1971: 260).

¹¹ Con ello hacemos referencia a los tres modelos de comportamiento humano que analiza Wilk (1996): el del propio interés, el moral y el social.

propia naturaleza, por su grupo social o por su cultura —p. ej., el *hombre económico* el guión que habla de intereses individuales, máxima satisfacción, máximos beneficios...—. La base de la conducta humana es, como se sostiene desde la teoría de la práctica —Bourdieu...—, un “problema empírico” que ha de resolverse a través de la observación, de la investigación y de la implicación (Wilk, 1996: 143, 144), no algo que se nos dicta o que forma parte de la naturaleza humana.

Los economistas postmodernos van más allá al señalar que la subjetividad humana no sólo es compleja, como venimos diciendo, sino además incierta e irreducible. A ello puede añadirse la individualidad que aparece estrechamente ligada a la idea de elección. Ésta es destacada por esos economistas, aunque no aparece vinculada al cálculo y al comportamiento maximizador, como en el modelo del *hombre económico*, sino a la creatividad, a la libertad, a lo impredecible, a lo abierto (véase Sofianou, 1995: 378, 379). Lo significativo de la postmodernidad no es, según Samuels (1998: 828, 829; véase también Sofianou, 1995: 374), lo de “vale cualquier cosa”, sino la “necesidad de elección”, el carácter inevitable de la elección —que indica lo que es importante, “lo que vale” para el individuo—. La visión resultante del actor y de su conducta es bastante diferente de la convencional. Recordemos que una de las críticas al tratamiento economicista del comportamiento humano se centra en que se refiere a un individuo atado, no libre, a un individuo que actúa gobernado por el deseo irrefrenable de lograr la máxima satisfacción y/o los máximos beneficios. Es precisamente esto, que además se considera un rasgo universal, lo que hace que, de acuerdo con ese modelo, su conducta sea relativamente predecible y controlable. Desde el postmodernismo, aunque se enfatiza la elección, el planteamiento es completamente diferente, pues da cabida a un modelo de acción no determinista, que acepta de hecho las implicaciones de la indeterminación de la acción (Sofianou, 1995: 374). Se halla, pues, lejos del modelo de comportamiento económico en el que el agente procesa —hace cálculos— una serie de estímulos —p. ej., el precio de los *inputs*— y reacciona o responde a ellos de formas predecibles (ibíd., 379). En la postmodernidad el “ser supremo” no es, como dice Halteman (1994: 7), la “razón objetiva”, sino la “intuición subjetiva”.

Economía y cultura

Para los culturalistas, economía y cultura no forman dos mundos separados, como aparece, implícita o explícitamente, en otros acercamientos. La economía, de hecho, se entiende como cultura y así debe analizarse. Es decir, los elementos y los procesos que se consideran económicos —los precios, el valor, las instituciones económicas, la producción, el intercambio de mercado...— podrían calificarse de “culturales” en un sentido antropológico.

En este punto debe tenerse en cuenta que para la economía cultural la cultura no es considerada un simple “efecto” o “consecuencia” de determinados sistemas productivos en entornos específicos, ni tampoco un mero conjunto de herramientas o dispositivos de distinto tipo mediante los que los humanos se adaptan a un medio. La cultura ordena y da —y crea— sentido¹². La cultura es, desde este punto de vista, anterior, una fuerza *configuradora*, no un simple reflejo o “resultado de”. Esto no sólo es una clara crítica a la determinación económica de lo cultural y lo social¹³, corriente en los planteamientos marxistas, sino también un argumento contra la visión atomista de la sociedad y contra las explicaciones que basan el origen de los acuerdos, organizaciones... en la búsqueda de utilidad o beneficios individuales. Los beneficios y la utilidad se definen culturalmente (véase también Fernández de Rota, 2000: 34), lo que otorga cierta prioridad analítica a lo cultural. Sin embargo, ello no es óbice para reconocer que la economía no sólo aparece vinculada a la producción de bienes materiales, a su intercambio y a su consumo, sino también, lo que es más importante para los culturalistas, a la producción de valores y significado. Según Sahlins, refiriéndose a nuestra sociedad:

¹² Según Sahlins (1997 [1976]: 205): “Las finalidades, así como las modalidades de la producción provienen del lado cultural; tal como los medios materiales. [...] [N]ada de lo concerniente a su capacidad para satisfacer una exigencia material (biológica) puede explicar por qué los pantalones son producidos para los hombres y las faldas para las mujeres, o por qué los perros son incomedibles pero los cuartos traseros del ciervo satisfacen en grado supremo la necesidad de comer. [...] [L]as fuerzas materiales de la producción no contienen orden cultural alguno, sino meramente un conjunto de posibilidades y constricciones físicas selectivamente organizadas por el sistema cultural e integradas con vistas a sus efectos por la misma lógica que las causó.

Las fuerzas materiales, tomadas en sí mismas, carecen de vida. Sus movimientos específicos y sus consecuencias precisas sólo pueden ser estipulados si se los combina progresivamente y con las coordenadas del orden cultural”. En otro lugar dirá (p. 170): “En la sociedad humana, ningún objeto o cosa tiene existencia o movimiento salvo por el significado que los hombres pueden asignarle”.

¹³ Los postmodernos no sólo atacan este tipo de determinismo tan extendido, sino cualquier otro tipo similar. Frente a ello se habla de procesos y fenómenos como indeterminación, sobredeterminación, multicausalidad, simultaneidad, yuxtaposición, incertidumbre... (Cullenberg, Amariglio y Ruccio, 2000: 55).

“[...] *la economía es el principal ámbito de la producción simbólica*. Para nosotros, la producción de bienes es al mismo tiempo el modo de producción y transmisión simbólicas que privilegiamos. La cualidad distintiva de la sociedad burguesa consiste no en el de que [*sic*] el sistema económico se salve de la determinación simbólica, sino en el hecho de que el simbolismo económico es estructuralmente determinante” (Sahlins, 1997 [1976]: 208 [énfasis nuestro]).

En suma, podría decirse que la economía —o eso que en nuestra sociedad llamamos “economía”— es a la vez un producto cultural y un *productor cultural*. Tiene una dimensión simbólica —y, por consiguiente, expresiva y comunicativa— que ha sido ignorada por los economistas y por los antropólogos económicos de otras corrientes. En rescatarla del olvido concentran parte de sus esfuerzos los culturalistas.

La dimensión simbólica es especialmente relevante para entender el comportamiento económico y por ello es crucial en el análisis cultural de la economía. Debemos recordar que los seres humanos son “seres simbólicos” que dotan selectivamente de sentido a aquello que les rodea, lo ordenan culturalmente. Son seres que, a su vez, actúan en parte de acuerdo con el significado que atribuyen a lo que se halla en su medio —entendido en sentido amplio—. Muchas de las cosas que hacen y eligen los humanos tienen que ver con lo que significan. Por ejemplo, cuando un consumidor elige un producto, en la decisión no sólo intervienen factores como, por ejemplo, las propiedades físicas del objeto, el precio y su relación con la satisfacción de sus necesidades. En su decisión también juega un papel clave el significado que tiene ese objeto en el contexto social y cultural en el que existe y del cual deriva aquél. Los objetos son deseables en parte por su significado, con independencia de sus propiedades objetivas y de su utilidad en sentido estricto —¿es útil un *todoterreno* muy potente, con elevado consumo, grande... para uso exclusivamente urbano o interurbano?—. De hecho, sólo hay que mirar una revista o la televisión durante los espacios publicitarios para darse cuenta de la importancia de los significados en las estrategias de venta de los productos: cuando uno compra una determinada marca de coche, en realidad no sólo adquiere un coche, de los que hay muchos parecidos, sino uno que representa o simboliza un estilo de vida determinado o unos valores específicos. Esto mismo puede aplicarse a los hábitos de alimentación, a las prendas de vestir que se usan y a muchas otras cosas que poseen o hacen los seres

humanos. En realidad, éstos viven en mundos ordenados y organizados simbólicamente. Por todo ello no debe extrañar que se subraye que los elementos culturales son fundamentales para entender las actividades económicas y, particularmente, el comportamiento de los individuos en un contexto social determinado¹⁴. De ahí, además, la importancia que tiene en este acercamiento la interpretación. La economía cultural, de hecho, forma parte de la corriente interpretativa en ciencias sociales. No cabe duda de que el giro interpretativo abre nuevas perspectivas, rescata y/o plantea cuestiones novedosas e interesantes en el estudio de *lo económico*. En el caso de la Economía nos encontramos ante un importante paso, pues a los economistas se les ha acusado de ignorar el significado a la hora de analizar el comportamiento económico. Los antropólogos, en general, han sido más sensibles ante el significado, aunque es cierto que las corrientes interpretativas y simbólicas han tenido poca relevancia entre los antropólogos económicos. Por ello el *interpretativismo* también constituye, en gran medida, una novedad en la Antropología Económica.

Después de lo que hemos expuesto en este apartado no debe extrañar que la Economía se considere no sólo una disciplina científica que se ocupa de la “economía”, sino también, lo que es más importante desde la perspectiva que analizamos, una forma de ver, ordenar, clasificar, entender, interpretar, valorar, comunicar¹⁵... lo que nos rodea. Constituye, en tal sentido, un dispositivo cultural de enorme importancia. De hecho, en nuestra sociedad y en nuestra época la Economía podría entenderse como una cosmovisión¹⁶. Y como tal, resulta de mucho interés para comprender la sociedad actual en múltiples aspectos¹⁷. Por ello no debe sorprender que la Economía se considere desde esta

¹⁴ Como dice Fernández de Rota (2000: 32-33): “[la economía cultural] trata de mostrar la pertinencia del estudio de los aspectos culturales que impregnan la vida económica para una adecuada comprensión de la economía”. Más abajo (p. 34) dirá: “Los valores, incluido el económico, nos aparecen [...] como eminentemente simbólicos, situados dentro de un sistema de signos con su propia lógica y orden. Es dentro de este marco, donde los autores de la cultura toman sus decisiones, [siendo] imprescindible la comprensión de este ambiente cultural para poder captar la inteligibilidad de las acciones”.

¹⁵ Según Samuels (1990: 7): “La Economía como lenguaje es parte del sistema de comunicación total de una sociedad [...]”, formando, por consiguiente, parte del sistema simbólico, de mitos y códigos que gobiernan el significado en ellas.

¹⁶ Heilbroner (1990) habla de la Economía como ideología, entendiendo por ésta las estructuras de percepción —también dirá conceptuales— mediante las cuales las sociedades organizan e interpretan su existencia (1990: 105). Las ideologías son, en otros términos, construcciones sociales de la realidad (p. 102). La Economía es, pues, una forma de construcción social de la realidad, una forma de “leer” la realidad social (p. 103).

¹⁷ Según Castaingts: “[...] los mitos en la sociedad contemporánea siguen jugando un papel importante. [...] [En] la sociedad actual, tanto la economía como la teoría económica, son los elementos fundamentales para comprender, no solamente los procesos reales, sino también los elementos imaginarios por medio de los

perspectiva un objeto de estudio de la Antropología (véase Marcus, 1990), es decir, materia antropológica o, mejor dicho, materia de la crítica antropológica. En tal caso, no se trata sólo de estudiar cómo trabajan, piensan, argumentan y actúan los economistas, lo que no es nuevo, sino de analizar la “visión” económica de diversos aspectos que han interesado tradicionalmente a los antropólogos: el comportamiento humano, la familia, la naturaleza, la economía, la política, la religión...

La construcción social de la economía

Una concepción de *lo económico* como la que venimos exponiendo aparece inevitablemente unida a las ideas de variación y diversidad. Toda sociedad depende de un conjunto de actividades que garanticen su sostenimiento, es decir, que suministren de forma regular alimentos y otros bienes y servicios indispensables. Ahora bien, ello, y así lo demuestran los estudios etnográficos e históricos, puede conseguirse de diferentes formas, en el marco de distintos tipos de organización social y económica, en el contexto de diferentes sistemas de valores, de acuerdo con diferentes instituciones. No hay “economía”, sino “economías” que varían espacial y temporalmente. Podría afirmarse, en otras palabras, que la economía es social o culturalmente construida¹⁸. Ello puede interpretarse de dos formas. En primer lugar, habría que decir que son los seres humanos —de diferentes etapas históricas, sociedades y culturas— los que “construyen” las “economías”, es decir, los que, por ejemplo, canalizan los ríos para aprovechar el agua, los que cultivan la tierra, los que recogen los productos, los que los venden y los consumen... Como señala Samuels (1991: 518), la economía, a diferencia de los componentes físicos de la Tierra, no existiría en ausencia del hombre. Nos hallamos, en suma, ante actividades y procesos humanos, ante “construcciones” humanas en su sentido más literal. Esto, que podría calificarse de perogrullada, constituye una idea fundamental para comprender el acercamiento culturalista al estudio de la economía y su consideración de las diferentes teorías y aproximaciones económicas. Y con ello ya nos estamos refiriendo a la segunda interpretación: la idea de construcción también significa que la economía, como ámbito que es percibido por las personas que forman parte o no de ella, como dominio sobre el que se teoriza o reflexiona —refiriéndonos aquí tanto a los investigadores de *lo económico*

cuales las sociedades conciben y actúan en su mundo y, en especial, sobre la idea que se tiene de tiempo y espacio” (Castaingts, 2002: 10).

como a los propios actores económicos—, es concebida y “construida” a partir de —y mediante— ideas previas, valores culturales, recursos y elementos lingüísticos de diverso tipo —p. ej., metáforas—, componentes teóricos¹⁹... “Vemos” las “economías” usando “lentes culturales”. Es decir, accedemos a ellas y las interpretamos “cargados” de elementos culturales y de otro tipo. Por ello para algunos antropólogos —y economistas postmodernos— la “economía” se estudia no como un conjunto bien definido de actividades de producción, distribución y consumo de bienes y servicios que pueden observarse, medirse y explicarse, sino como series de metáforas, discursos, interpretaciones, conversaciones..., de tal modo que lo que dicen los actores sociales sobre *lo económico*, sus percepciones y sus interpretaciones son el auténtico objeto de estudio de la Antropología Económica. En tales casos, el “punto de vista nativo” se considera, como nos dice Marcus (1990: 332), suficiente, el fin último del trabajo antropológico²⁰. *Lo económico*, pues, se “desmaterializa”, se vuelve palabra, voz, relato, discurso...

Luego, no hay un acceso privilegiado a la realidad económica, absolutamente libre de ideas previas, valores, intereses, sin influencias teóricas o de otro tipo²¹. Los hechos, se dice, no son algo que está ahí fuera para que cualquiera los descubra, no hay “datos brutos”, libres de teoría y de otros condicionamientos. Los hechos se descubren e interpretan en el contexto de la tradición —teórica, pero también cultural— a la que uno pertenece (Hoksbergen, 1994: 685, 687)²². En cada acercamiento a *lo económico*, en cada corriente sus seguidores comparten ideas acerca de los “hechos” que son relevantes, sobre lo que ha de tenerse en cuenta y cómo —tiene lugar, como indica Samuels (1991: 519), un proceso de “percepción selectiva”—, normas, principios y métodos para su descubrimiento, análisis y representación, procedimientos para la comprobación de las teorías, ideas acerca de lo que constituye una mejor o peor aproximación a la *realidad*

¹⁸ Ver Gudeman (1986a: vii, 28, 37; 1986b: 99), Ruccio (1991: 506), Samuels (1991: 518; 1998: 823).

¹⁹ Ruccio (1991: 506), por ejemplo, señala que la economía es un “artefacto” que es socialmente (re)construido de acuerdo con diferentes teorías.

²⁰ Esto contrasta con la posición de aquellos autores que dan mucha importancia al punto de vista nativo, pero que, como nos dice Marcus (1990: 332), consideran que lo que produce éste son “datos” que han de subordinarse, o al menos incorporarse, a un proyecto de conocimiento propio o producto de la vida intelectual occidental. Aquí se incluirían buena parte de los antropólogos económicos. Sin embargo, Marcus mantiene que en un momento —el actual— en el que se critican fuertemente los grandes paradigmas teóricos de la sociedad y la economía, las concepciones nativas no pueden tratarse y objetivarse como “datos”.

²¹ Por ejemplo, desde un planteamiento discursivo las “historias” que cuentan los economistas y/o el conocimiento que pretenden ratificar están afectados por la estructura y el contenido de las palabras que usan, es decir, por el lenguaje (Samuels, 1990: 4).

económica... Esto cambia la manera de concebir la producción de conocimiento, que, como dicen Cullenberg, Amariglio y Ruccio (2000: 34-35), deja de ser una tarea en la que el sujeto-científico busca o fabrica las “herramientas” apropiadas para “penetrar” en la realidad y encontrar gracias a ello los trozos de verdad que se encuentran debajo de la superficie, pasando a ser un sujeto activo en la *construcción* de verdades o, también podría decirse, “realidades”. De la idea de descubrimiento se pasa a la de construcción. De este modo se subraya que nosotros como científicos, como teóricos de cierta corriente, como políticos o simplemente como ciudadanos, como miembros de una sociedad en la que actuamos y nos desenvolvemos no sólo transmitimos ideas acerca de la realidad —en este caso de la realidad económica—, sino que también contribuimos decisivamente a su reproducción y (*re*)*construcción*, estableciendo —o reafirmando— lo que los sujetos de posteriores generaciones considerarán su “realidad” —o sus “realidades”—.

Se entiende así que se mantenga que lo que diferentes acercamientos y escuelas económicas y antropológico-económicas presentan y defienden son las *realidades económicas* que construyen, no una transcripción o representación de una realidad dada (Gudeman, 1986a: 28; véase también Escobar, 1995: 62)²³. Es decir, los modelos que se elaboran para dar cuenta de lo que ocurre en un sistema económico, las teorías, las metáforas u otros recursos usados tanto en la investigación como en la docencia (*re*)*construyen* socialmente —y culturalmente— la economía de diferentes formas²⁴, no la describen o representan “científicamente”²⁵. Dicho de otra forma, las teorías económicas pasan de explicar la realidad económica a definirla y ayudar a generarla (Samuels, 1990: 10). Ellas mismas son construcciones culturales que usan los elementos del lenguaje para su formación (Samuels, 1991: 517)²⁶. De ahí que a la investigación de cómo se concibe o

²² Los “hechos”, como dice Samuels (1990: 6), aparecen vinculados a un “discurso”, son específicos de un paradigma y de una teoría. Los hechos, continúa diciendo, no hablan por sí mismos.

²³ Según Gudeman (1986a: 28): “[...] cualquier modelo, sea local o universal, es una construcción del mundo; no una transcripción o representación de una realidad ya dada. Un modelo local o cultural incluye las creencias y las prácticas que constituyen el mundo de la gente”. Escobar (1995: 61) dirá que la Economía es un “discurso que construye una imagen particular de la economía”. Más abajo (p. 62) hablará en términos casi iguales a los de Gudeman: “Cualquier modelo [...], sea local o universal, es una construcción del mundo y no una verdad objetiva, incuestionable acerca de él”.

²⁴ Como dice Samuels (1991: 519), definir la realidad es contribuir a su reconstrucción.

²⁵ Un ejemplo bastante claro de esto es la propia Economía ortodoxa. Ésta, más que estudiar la realidad económica, crea o construye una *realidad virtual* (véase Carrier, 1998a y 1998b) en la que hay, entre otras cosas, recursos escasos, sujetos con deseos ilimitados, individuos racionales, información perfecta, libre elección... Kanth (1999: 191) nos dice que la Economía “legisla”, determina cómo debería ser el mundo.

²⁶ El propio lenguaje es una construcción social, un artefacto, no un espejo de la realidad (Samuels, 1991: 517) o una expresión “natural” de ella (Samuels, 1990: 7). De hecho, se critica (Cullenberg, Amariglio y

entiende la economía se añada el análisis de los medios empleados para construir, expresar y/o defender las propias concepciones o posiciones frente a otros. Es en este contexto donde debemos situar los estudios sobre retórica en la Economía, los análisis del discurso económico, las relaciones entre Economía y Literatura, los enfoques lingüísticos de la Economía²⁷ ..., antes impensables en esta disciplina. No hace falta extenderse en exponer la dimensión “política” de estos planteamientos. Basta con decir que viene a mantenerse — nada más y nada menos— que la Economía constituye otra forma de “construir” y entender la dimensión material de la vida y que es menos “ciencia” de lo que han sostenido, y siguen sosteniendo, muchos economistas²⁸.

Pero el constructivismo no está exento de problemas. Las ideas constructivistas sobre *lo económico* llevadas a su extremo, como ocurre en algunas posiciones postmodernas, significan, como mantiene Sofianou (1995: 375, 376), que la distinción entre el dominio de la producción de conocimiento y el dominio de los objetos de conocimiento se disuelve. Efectivamente, si sostenemos que no existe, “ahí fuera”, una realidad independiente a conocer, sino que ésta se construye social o culturalmente, de tal modo que sólo hay “construcciones”, tendría que concluirse que objeto de conocimiento y conocimiento se confunden. Se niega, dicho de forma más contundente, que haya *una realidad* —económica— que cualquier persona puede descubrir y analizar, defendiéndose la existencia de *múltiples realidades construidas socialmente*. Sin embargo, otros autores, los que podríamos llamar moderados —entre los que nos encontramos—, simplemente enfatizan la idea de que los fenómenos, procesos, hechos, etc., de carácter económico son captados, interpretados y explicados diferentemente dependiendo de la posición teórica, de nuestra época, de nuestro lugar en la sociedad... Pero esto no es incompatible con la afirmación de que existe una realidad —social y económica— que, al menos parcialmente, es externa e independiente de nosotros (ver también Sofianou, 1995: 376; Peter, 2001:

Ruccio, 2000) la concepción del lenguaje como algo que, en manos de personas preparadas —los científicos, por ejemplo—, representa o refleja la realidad, sirve para expresar sin distorsión las verdades descubiertas por la ciencia.

²⁷ Junto a los clásicos e influyentes trabajos de McCloskey (1983, 1985, 1990a, 1990b, 1994a, 1994b), debemos poner otros como los de Henderson, Dudley-Evans y Backhouse (eds., 1993), George (1990), Henderson (1995), Klamer, McCloskey y Solow (eds., 1988), Lavoie (ed., 1990), Samuels (ed., 1990) y Woodmansee y Osteen (eds., 1990).

²⁸ La concepción de la Economía como ideología que mantiene Heilbroner (1990) subraya, entre otras cosas, que tal disciplina incorpora, queriendo o no, las creencias y los valores de la sociedad de origen. La Economía aparece enredada con valores políticos y sociales. Kanth (1999: 191) es más tajante cuando señala que la Economía es la ideología dominante del sistema capitalista.

580). Esa realidad es, además, enormemente compleja, lo que nos ayuda a entender y hasta a justificar las dificultades que hay para comprenderla y explicarla en su conjunto, la existencia de distintas interpretaciones y análisis, la validez de diferentes teorías, su provisionalidad...

La crítica a los modelos universales y al *imperialismo económico*

Tras todo lo expuesto hasta ahora no debe sorprender que desde la economía cultural se critiquen los “modelos universales” de la economía. Esa crítica parece razonable si recordamos que se mantiene que *lo económico* es algo construido culturalmente y que, por consiguiente, no existe *una* realidad económica que todo el mundo conciba y entienda como tal. Esto es, lo que llamamos “economía” se comprende de formas diversas. Pues bien, tal posición ha llevado a rechazar, y ahora nos centraremos en la Economía neoclásica, la aplicación universal de la teoría económica, es decir, su empleo para analizar cualquier economía²⁹. Pero no se trata meramente de que tal teoría pueda o no aplicarse o usarse en contextos distintos de aquel en el que surgió y se desarrolló. No es, en otros términos, el problema instrumental que se plantea por una herramienta que no sirve para un objetivo determinado —p. ej., un taladro poco potente para hacer un agujero en una superficie muy dura—. Nos hallamos también ante un problema epistemológico (Bird-David, 1997). La cuestión fundamental radica, como señala Bird-David, en si el uso de los elementos de la teoría económica y específicamente de sus categorías de conocimiento “complica” la comprensión de otras economías. En general, la respuesta es afirmativa. Esto es, se considera que el uso de nuestras categorías de conocimiento, de conceptos, principios... de la teoría económica occidental sí dificulta la comprensión de otros sistemas económicos diferentes —o muy diferentes— del nuestro, o, si se prefiere, “distorsiona” nuestra visión, como sostuvieron tiempo antes los sustantivistas. Gudeman, en tal sentido, señala que el que construye “modelos universales”:

“[...] atribuye a las prácticas económicas exóticas una motivación y una intencionalidad que son nuestras. Otros modelos económicos son vistos como

²⁹ Como se sabe, esta posición no es nueva. Los historicistas del XIX ya criticaban las pretensiones universalistas de la Economía, al igual que los antropólogos económicos sustantivistas que, a mediados del siglo XX, encabezó Karl Polanyi y que rechazaban la aplicabilidad-utilidad de la teoría económica fuera de los sistemas económicos basados en el mercado.

meras apariencias, y detrás de éstas yace una realidad verdadera y accesible que —aunque auto-proyectada— es el objeto de la atención antropológica” (Gudeman, 1986a: 154).

Es decir, las concepciones, los principios, etc. sobre *lo económico* de los modelos que Gudeman llama “universales” acaban siendo proyectados o, si se prefiere, “inscritos” o “vistos” en todo sistema económico que se analice —p. ej., podemos “ver” *hombres económicos* en todas las sociedades—. En otras palabras, esas economías se “ajustan” a nuestro “modelo”, que incluso puede servir ya no sólo para su análisis, sino también para su valoración, hallándonos ante un claro caso de etnocentrismo, reflejado, por ejemplo, en la consideración de ciertas prácticas o instituciones económicas —cuando no sistemas enteros— como “atrasadas”, “ineficientes”, “irracionales”... Pero esto no sólo ocurre en un plano, podríamos decir, teórico —como cuando vemos al *hombre económico* entre los nativos, por ejemplo, y analizamos sus economías en términos neoclásicos—, sino también en la práctica. En tal caso, habría que hablar de *virtualismo* (Carrier, 1998a: 8; 1998b: 25), que es el intento consciente de que el mundo coincida con la imagen virtual o, si se prefiere, con el modelo —económico—. Esta tendencia, muy corriente en la Economía, puede verse en el campo del desarrollo económico. Muchas políticas de desarrollo, especialmente las vinculadas al desarrollo convencional o descendente —arriba-abajo—, pueden interpretarse como un claro intento de que las economías —o ámbitos o sectores de ellas— de muchos lugares se ajusten, no pocas veces a la fuerza, a lo que se considera que *deben ser*.

Podría pensarse que una salida a este problema, al que se han enfrentado sobre todo los antropólogos por haber estudiado tradicionalmente sociedades no occidentales, es llevar a cabo el análisis de *lo económico* desde la perspectiva de los propios actores sociales, centrándonos en los “modelos locales”. En otros términos, mostrándonos relativistas, en este caso entendiendo por relativismo una forma de acercamiento antropológico al objeto de estudio (véase Bidney, 1974: 311). Creemos que, en mayor o menor medida, todos los antropólogos estarían de acuerdo con un acercamiento basado en el relativismo, en una aproximación en la que tenga un lugar destacado el “punto de vista nativo”, aunque esto no siempre sea fácil de conseguir al no poder desprendernos totalmente de nuestra cultura ni poder sumergirnos completamente en la que se investiga.

Ahora bien, desde nuestro punto de vista esto no impide que podamos acercarnos al objeto de estudio de la forma más objetiva posible, ni que no podamos usar tanto en la investigación como en el análisis de los resultados y en su presentación herramientas, conceptos, etc. que no coincidan con los empleados por —y significativos para— los “nativos” o “locales”. Otra cosa, y en esto sí estamos completamente de acuerdo con las críticas de algunos de estos autores, es que se traten de “imponer” nuestros “modelos”, nuestros conceptos, nuestras hipótesis... en situaciones en las que no son aplicables o en donde simplemente “distorsionan” o dificultan nuestra comprensión de un sistema económico, en vez de facilitarla. En este sentido, hay que reconocer que existen elementos de la teoría económica convencional que encajan mal en el estudio de economías diferentes de la nuestra, una economía de mercado desarrollada. Pero ni que decir tiene que forzar la investigación de esa manera no es algo que se enseñe a los antropólogos ni a muchos otros científicos sociales, al menos conscientemente. Ahora bien, tratar de evitar el etnocentrismo no tiene por qué llevarnos al otro extremo y situar en un lugar privilegiado la “visión” o el “discurso” económico local. La Antropología planteada así resultaría, desde nuestro punto de vista, incompleta, quedaría en el nivel de la mera etnografía. La clave radica en abordar el estudio de *lo económico* combinando el punto de vista de los actores sociales y el del investigador, es decir, la visión local y la que ofrece una disciplina científica —y, dentro de ella, sus diferentes corrientes—.

Con todo, las críticas no sólo se han dirigido a la aplicación transcultural de la teoría económica. A ellas hay que añadir las que se centran en el uso del análisis económico para dar cuenta del comportamiento humano y, en definitiva, de la vida social en su conjunto, desde las propias actividades económicas hasta la religión, pasando por la familia, la política... Debemos tener presente que entre los seguidores de Gary Becker (1976) la Economía se considera, poco modestamente, la “ciencia del comportamiento humano” (Ierulli et al., 2000: 26). En tal acercamiento se mantiene que cualquier ámbito en el que tomen decisiones y actúen los hombres y las mujeres es susceptible del análisis económico y, lo que es aún más importante, comprensible en términos estrictamente económicos³⁰. Creemos que no hay que extenderse en exponer que la economía cultural y,

³⁰ Son pocos los autores fuera de la Economía convencional que aceptarían un planteamiento como el de Ierulli et al. (2000: 15-16), para quienes “[...] todos los campos de interacción humana son mercados y están sujetos al análisis económico”. Las mercancías, en este sentido, son simplemente todo lo que puede conseguirse —desde un televisor a la amistad de los amigos, pasando por una tarde tranquila en el hogar—;

en general, la Antropología Sociocultural rechazan este tipo de enfoque. El problema no radica, como podría pensarse, en los dominios analíticos de las diferentes disciplinas; no es, dicho de otra forma, una cuestión de “fronteras territoriales”. Lo criticable es el enfoque y todo lo que tiene detrás. Para los antropólogos —al igual que para los sociólogos y para muchos economistas— el comportamiento humano y los resultados de éste —p. ej., las formas de organización, las instituciones...— no pueden analizarse en términos principalmente —o incluso exclusivamente— económicos, reduciéndolo todo a explicaciones basadas en supuestos agentes racionales que persiguen —racionalmente— sus propios intereses. La riqueza de la vida social —incluyendo aquí la económica— no puede reducirse a la economía. Si seguimos jugando con las palabras, podríamos decir que el enfoque económico del comportamiento humano que impulsa Becker resulta, desde un punto de vista socio-antropológico, terriblemente empobrecedor de la existencia humana. Pero con ello no se niega la importancia de la economía para entender el funcionamiento —en diversos aspectos— de nuestra sociedad, como hemos tenido que haber dejado claro a estas alturas, sino que se limita el peso y el alcance de las explicaciones económicas³¹. No todo es susceptible de análisis económico o, mejor aún, comprensible en términos económicos. Esto quizás sea posible —y útil— en un mundo habitado por *hombres económicos*, pero no en uno, el nuestro, en el que éstos son una anomalía desde un punto de vista antropológico y psicológico.

Conclusiones

La economía cultural constituye, desde nuestro punto de vista, un acercamiento muy interesante e importante en la Antropología Económica, pudiendo, de hecho, revitalizarla gracias a la apertura de nuevas líneas de análisis, a perspectivas e ideas relativamente novedosas —al menos en ese campo de la Antropología Sociocultural—... Pero consideramos que también puede ser de interés y útil para aquellos economistas críticos con la Economía dominante en nuestras aulas universitarias y fuera de ellas.

los mercados, el lugar en el que se intercambian las mercancías —“campos de interacción humana”— y los precios, “un compendio de tiempo, dinero y esfuerzo que deben aportar [las personas] para obtener la mercancía” (ibíd., 15).

³¹ En esta línea se manifiesta, demostrando bastante prudencia, el economista Hirshleifer (1988: 8, 9, 21), que limita el alcance de este análisis al comportamiento en el mercado. Esto es lo que llama “núcleo de la economía”: “El núcleo de la economía comprende una gama limitada de la actividad humana: el *comportamiento* racional por parte de individuos que se relacionan entre sí mediante un sistema social particular; el *mercado*” (Hirshleifer, 1988: 9).

Podríamos destacar como punto positivo básico de esta corriente la importancia que se da al *lado cultural* de la economía —al fin y al cabo ésta es cultura—. Todos los enfoques anteriores en Antropología Económica —y, en general, la Economía— descuidaron aspectos fundamentales en un análisis antropológico de *lo económico* como los valores, los significados, las creencias y, en general, los “modelos locales” de la economía. Son precisamente estos elementos los que centran la atención de los culturalistas en Antropología Económica, lo que supone además dar protagonismo al individuo, no concebido como *hombre económico* ni como *hombre sociológico*, sino como un ser complejo y multidimensional. No obstante, consideramos que esos aspectos culturales han de abordarse con los pies en el suelo, es decir, no dejando a un lado las condiciones materiales y sociales de la economía.

El acento en *lo cultural* a la hora de abordar la economía tiene que ver con el constructivismo que se defiende y que nosotros aceptamos en su versión moderada. Mantenemos, en tal sentido, que *lo económico* se percibe, interpreta, comprende y representa de formas diferentes *transculturalmente* e *intraculturalmente*. En todas las sociedades y a lo largo de toda la historia los grupos humanos han contado con distintos sistemas para producir, distribuir/intercambiar y consumir bienes —y servicios— fundamentales para su mantenimiento y reproducción. Pero tales sistemas y sus relaciones con el entorno social y con el natural se han concebido —en un sentido cultural— de maneras distintas por los propios agentes económicos y por los que describen esas economías y/o teorizan sobre ellas. Esas concepciones, esas representaciones —culturales— de la economía son fundamentales en el análisis antropológico-económico (1) como factor que hay que tener en cuenta para comprender el desarrollo de las actividades económicas y el comportamiento económico y (2) como materia de estudio propia. Con respecto a lo primero, debe tenerse en cuenta que las creencias, las ideas sobre el funcionamiento de la realidad, etc. influyen de algún modo en el comportamiento de los actores —económicos— y, por lo tanto, deben tenerse en cuenta al estudiarlo. Sin embargo, no sostenemos —al menos no *a priori*— que tales creencias e ideas expliquen lo que hacen los agentes económicos. Sea como fuere, consideramos que tienen interés analítico con independencia de que compartamos o no el proyecto de la economía cultural. El segundo punto está más relacionado con el estudio de las representaciones culturales de

la economía como fin en sí mismo. Aquí cabrían dos posibilidades. La primera se centra en las concepciones de los actores económicos sobre sus economías, en lo que llama Ruccio (2002) “Economía cotidiana” —*everyday economics*—. La economía cultural contribuye así a hacer visibles o rescatar otras visiones de *lo económico* ignoradas, ocultadas o suprimidas, directa o indirectamente, por la Economía³². La segunda se ocuparía de las concepciones que mantienen y difunden los investigadores de la economía, fundamentalmente los economistas. En este caso, y como se dijo antes, la Economía se *antropologiza*, se vuelve materia de la reflexión y la crítica antropológicas.

La construcción social o cultural de *lo económico* no debe, sin embargo, hacer que nos olvidemos de que, con independencia de cómo se conciba, hay una realidad económica. Si bien en el marco de las ciencias sociales no puede pensarse en la existencia de una realidad independiente de nosotros, pura y dura, externa, como si se tratase de cadenas montañosas o de la composición química de un elemento, ello no justifica un desplazamiento hasta el otro extremo y pensar que sólo hay construcciones sociales o culturales. Como hemos dicho, para nosotros sí existe una realidad económica que, en cierta medida, es independiente de nosotros, aunque sea el resultado de nuestras decisiones, acciones y relaciones sociales a lo largo del tiempo. La existencia de esa realidad, concretada en recursos naturales que se emplean en el sistema económico, condiciones de trabajo, instituciones formales e informales, organizaciones, herramientas..., puede argumentarse de varias formas. En primer lugar, parece claro que influye en nuestras vidas, en este caso en su faceta material. Es, en cierto sentido, algo externo que nos impone condiciones y limitaciones, pero que también nos ofrece oportunidades. En segundo lugar, la realidad económica, como la física, no está bajo nuestro total control. El hecho de que, en última instancia, sea construida por nosotros no significa que sea controlada por nosotros. Hay procesos y fenómenos económicos que están más allá de los individuos y de los grupos. Con estas ideas pretendemos alejarnos de los excesos en los que caen los postmodernos, que, como se sabe, llegan a olvidarse de que la realidad de la economía no puede reducirse a imágenes, textos, discursos...

³² Escobar (1995: 100) ve una dimensión política en esta tarea de hacer visibles otros modelos de la economía: es una manera de avanzar en la labor de exponer los diversos efectos de la hegemonía y de la centralidad de la Economía.

También reconocemos la importancia de la interpretación en las ciencias sociales y, en particular, en la Antropología, lo que tiene que ver con el lugar central que ocupa el significado. Sin embargo, consideramos que la explicación —e incluso los esfuerzos predictivos— no debe desaparecer de la agenda de la Antropología Económica. No sólo debemos describir e interpretar —analizar el significado—, sino también —o sobre todo— investigar las causas —y los efectos— de los comportamientos, procesos, fenómenos, ideas, valores... económicos. Apostamos, y esto es una clara conexión con el institucionalismo, por el estudio detallado de casos concretos sin la obsesión de tratar de construir una teoría antropológica general de la economía, lo que, dicho sea de paso, resulta enormemente difícil —si es que es posible—. Con todo, reconocemos que esa labor de investigación más modesta contribuye, al menos como resultado acumulado, a entender mejor la economía humana —en oposición a la economía de despacho y/o pizarra de muchos economistas— y a explicar sus formas de organización, su funcionamiento, sus relaciones con lo no económico... Creemos que es la explicación la que nos obliga a mantener los pies en el suelo y precisamente por ello no puede ser desterrada de la Antropología Económica.

Bibliografía

- Appadurai, A. 1988. "Introduction: commodities and the politics of value". En Appadurai, A. (ed.), 1986: 3-63.
- Appadurai, A. Ed. 1988. *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Backhouse, R.E. Ed. 1994. *New directions in economic methodology*. Londres: Routledge.
- Becker, G.S. 1976. *The economic approach to human behavior*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bidney, D. 1974. "Relativismo cultural". En Sills, D.L. (dir.), 1974, III: 311-314.
- Bird-David, N. 1997. "Las economías: una perspectiva económico cultural". *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 154 (diciembre).
<<http://www.unesco.org/issj/rics154/birdspa.html#bdart>>
- Carrier, J.G. 1998a. "Introduction". En Carrier, J.G. y D. Miller (eds.), 1998: 1-24.
- 1998b. "Abstraction in western economic practice". En Carrier, J.G. y D. Miller (eds.), 1998: 25-47.
- Carrier, J.G. y D. Miller. Eds. 1998. *Virtualism. A new political economy*. Oxford: Berg.
- Castaingts Teillery, J. 2002. *Simbolismos del dinero. Antropología y economía: una encrucijada*. Barcelona: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Itzapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Cullenberg, S., J. Amariglio y D. Ruccio. 2000. *Introduction: Postmodernism, economics, and knowledge*. University of California, Riverside. Department of Economics. Working paper 00-06.

- Escobar, A. 1995. *Encountering development. The making and unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- Fernández de Rota y Monter, J.A. 2000. "Interpretación antropológica y economía". En Lisón Tolosana, C. (ed.), 2000: 31-41.
- Fleetwood, S. Ed. 1999. *Critical realism in economics. Development and debate*. Londres: Routledge.
- Friedland, R. y A.F. Robertson. Eds. 1990. *Beyond the marketplace. Rethinking economy and society*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- George, D. 1990. "The rhetoric of economic texts". *Journal of Economic Issues*, 24(3): 861-878.
- Gudeman, S. 1986a. *Economics as culture. Models and metaphors of livelihood*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- 1986b. "Barter and cash in Lake Titicaca: comment". *Current Anthropology*, 27(2): 99-100.
- Haltzman, J. 1994. "The role of values in post-modern economics". Presented at the ACE Annual Meetings.
- Hausman, D.M. Ed. 1994. *The philosophy of economics. An anthology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Heilbroner, R. 1990. "Economics as ideology". En Samuels, W.J. (ed.), 1990: 101-116.
- Henderson, W. 1995. *Economics as literature*. Londres: Routledge.
- Henderson, W., T. Dudley-Evans y R. Backhouse. Eds. 1993. *Economics and language*. Londres: Routledge.
- Hirshleifer, J. 1988. *Microeconomía. Teoría y aplicaciones*. México: Prentice-Hall Hispanoamericana.
- Hoksbergen, R. 1994. "Postmodernism and institutionalism: toward a resolution of the debate on relativism". *Journal of Economic Issues*, 28(3): 679-713.
- Ierulli, K., E.L. Glaeser y M. Tommasi. 2000 (1995). "Introducción". En Tommasi, M. y K. Ierulli (eds.), 2000: 15-26.
- Kanth, R. 1999. "Against eurocentred epistemologies. A critique of science, realism and economics". En Fleetwood, S. (ed.), 1999: 187-208.
- Klamer, A., D. McCloskey y R.M. Solow. Eds. 1988. *The consequences of economic rhetoric*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kopytoff, I. 1988. "The cultural biography of things: commoditization as process". En Appadurai, A. (ed.), 1988: 64-91.
- Lavoie, D. Ed. 1990. *Economics and hermeneutics*. Londres: Routledge.
- Lisón Tolosana, C. Ed. 2000. *Antropología: horizontes interpretativos*. Granada: Universidad de Granada/Diputación Provincial de Granada.
- Marcus, G.E. 1990. "Once more into the breach between economic and cultural analysis". En Friedland, R. y A.F. Robertson (eds.), 1990: 331-352.
- Mauss, M. 1971. *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- McCloskey, D. 1983. "The rhetoric of economics". *Journal of Economic Literature*, 21: 481-517. Recogido también en Hausman, D. (ed.), 1994: 395-445.
- 1985. *The rhetoric of economics*. Madison: University of Wisconsin Press.
- 1990a. *If you're so smart. The narrative of economic expertise*. Chicago: University of Chicago Press.
- 1990b. "Storytelling in economics". En Lavoie, D. (ed.), 1990: 61-75.
- 1994a. *Knowledge and persuasion in economics*. Cambridge: Cambridge University Press.

- 1994b. "How to do a rhetorical analysis, and why". En Backhouse, R.E. (ed.), 1994: 319-342.
- Nelson, J.A. 1998. "Abstraction, reality and the gender of 'economic man'". En Carrier, J.G. y D. Miller (eds.), 1998: 75-94.
- Orlove, B.S. 1986. "Barter and cash sale on lake Titicaca: a test of competing approaches". *Current Anthropology*, 27(2): 85-106.
- Peter, F. 2001. "Rhetoric vs realism in economic methodology: a critical assessment of recent contributions". *Cambridge Journal of Economics*, 25: 571-589.
- Robben, A. 1989. *Sons of the sea goddess. Economic practice and discursive conflict in Brazil*. Nueva York: Columbia University Press.
- Robbins, L. 1994 (1935). "The nature and significance of economic science". En Hausman, D. (ed.), 1994: 83-110.
- Ruccio, D.F. 1991. "Postmodernism and economics". *Journal of Post Keynesian Economics*, 13(4): 495-510.
- 2002. "Economic representations: an overview". Trabajo presentado en *Economic representations*, 25-29 de marzo de 2002. Bellagio Study and Conference Center, Rockefeller Foundation.
- Sahlins, M. 1997 (1976). *Cultura y razón práctica*. Barcelona: Gedisa.
- Samuels, W.J. 1990. "Introduction". En Samuels, W.J. (ed.), 1990: 1-14.
- 1991. "'Truth' and 'discourse' in the social construction of economic reality: an essay on the relation of knowledge to socioeconomic policy". *Journal of Post Keynesian Economics*, 13(4): 511-524.
- 1998. "Comment on 'postmodernism and institutionalism'". *Journal of Economic Issues*, 32(3): 823-832.
- Samuels, W.J. Ed. 1990. *Economics as discourse. An analysis of the language of economists*. Boston: Kluwer Academic Publishers.
- Sills, D.L. Dir. 1974. *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*. Madrid: Aguilar, tomo III.
- Sofianou, E. 1995. "Post-modernism and the notion of rationality in economics". *Cambridge Journal of Economics*, 19: 373-389.
- Tommasi, M. y K. Ierulli. Eds. 2000 (1995). *Economía y sociedad*. Madrid: Cambridge University Press.
- Wilk, R.R. 1996. *Economies and cultures. Foundations of economic anthropology*. Boulder: Westview Press.
- Woodmansee, M. y M. Osteen. Eds. 1999. *The new economic criticism. Studies at the interface of literature and economics*. Londres: Routledge.